

mitan un constante perfeccionamiento, y en el afán de mejorar la colectividad.

Pasa en revista el autor a la mayoría de los problemas que ocupan al mundo, el imperialismo económico, el nacionalismo, la guerra, las esperanzas de paz universal, pero el espacio nos impide seguirlo. Señalaremos la convergencia que anota entre los ideales del espíritu de bien, justicia, verdad, belleza, y el progreso material de la humanidad, que va acercando paulatinamente el imperio de aquellos valores. Así el Paraíso, que la imaginación retrospectiva de los antiguos colocó en el pasado, deberá ubicarse en el futuro. Recordaremos unas palabras de Emerson en una de sus lecturas: «Señores, acompaña a la humanidad un destino cordial, que se manifiesta por un leve toque en favor de la causa justa, del mejoramiento. El perfeccionamiento gradual de la naturaleza hace posible el gradual mejoramiento humano».

El libro del señor Molina presenta una admirable coherencia y elegancia intelectual, fruto de su amplitud de visión, su serenidad de criterio, su ecuanimidad inalterable. Es raro que en nuestros días se escriba sobre temas abstractos de filosofía sin subordinarse a determinadas escuelas, y más raro aun que se escriba sobre las proyecciones prácticas de la filosofía sin subordinarse a determinados intereses.—DAVID PERRY B.



DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina* (1).

Carta de Buenos Aires, dirigida por el Dr. Antonio Sagarna al señor Enrique Molina a propósito de su último libro, «De lo espiritual en la vida humana».

(1) El Dr. Sagarna es una personalidad destacada, de alto valor intelectual, político y jurídico. Fué Ministro de Educación Pública durante casi toda la administración del Presidente señor Marcelo de Alvear; ha sido enviado diplomático y profesor universitario, y es actualmente Ministro de la Corte Suprema de Justicia de Buenos Aires.

Buenos Aires, mayo 10 de 1938.

Sr. Dr.

Enrique Molina,

Concepción (Chile).

Muy estimado Rector y amigo:

Anoche concluí la lectura del meduloso y bello libro «De lo Espiritual en la Vida Humana» que Ud. ha tenido la fina atención de obsequiarme y que le agradezco vivamente.

Las meditaciones de Ud., caro don Enrique, me dejan, como ciertos ensayos de Duhamel y Maeterlink («La posesión du Monde» y «La Sagesse et la Destinée», p.e.) una sensación de altura, de serenidad y de optimismo, pues, por encima y más allá de la dialéctica, del análisis de doctrinas, de los alegatos más o menos fundados en pro o en contra de tal o cual tesis filosófica, se respira en ellos y en Ud. un como rezumo de vidas plenas, armoniosas que buscan su verdad sin prejuicios, sin fatiga y sin intolerancias; que en cada dato «de aquí abajo» que sale al paso de sus investigaciones y meditaciones, ven el eslabón de otros datos que pueden aparecer o no, pero que no ocultan, ni empecen, ni anublan la posibilidad y la esperanza de una causa de causas que, aun como ilusión, es un dulce consuelo y aliento en el peregrinar.

Don Francisco de Veyga, uno de nuestros más ilustrados hombres de ciencia: biólogo, médico, psicólogo, psiquiatra, criminólogo, sociólogo, etc., dice en su libro *La Inteligencia y la Vida*:

«Las manifestaciones u operaciones de orden orgánico podrán ser todas, íntegramente, de carácter material o energético—no discutamos mayormente sobre el particular,—pero eso no implica que sean resultado de condiciones fortuitas fijadas por la materia, el simple dispositivo accidental de los elementos que entran en juego, o la entrada en acción de tales

o cuales propiedades de cuerpos accidentalmente colocados allí, la simple coincidencia de actuación».

«Ahora bien, estos mecanismos no andan solos. No desfiguremos los hechos, no nos engañemos a nosotros mismos, buscando ser fieles al engaño de otros. Aquí hay algo más que un juego de elementos: *Hay un orden de cosas, un dispositivo, situaciones muy especiales según las cuales, los tales resortes y los tales trabajos están llamados a llenar una necesidad determinada. ¿Quién ha establecido esa armonía entre la función desempeñada y la necesidad sentida? ¿Quién la satisfacción de ser llenada? No es cuestión de inventar o suponer por espíritu de sistema o de simple presunción. Hay elementos retroactivos en acción y miras teológicas por delante*».

Hago la cita, quizá un poco extensa, porque veo en su magnífico estudio una reafirmación de ese criterio disconforme con el mero determinismo positivista, y así—entre otras expresiones—es categórica esta de la página 159.

«Aunque no encontremos jamás el espíritu sin que esté adscripto a un cuerpo, lo propio de su naturaleza es un «quid» que no se explica totalmente por sus antecedentes materiales, como se ve en el milagro del brotar de las ideas nuevas»; y en realidad todo el capítulo VI a que accede el párrafo transcrito, y todo el final hermoso del libro y todo el libro, en una pa'abra, señero como el espíritu del autor.

Sus reflexiones sobre el carácter y, particularmente sobre el carácter americano, merecen una reedición muy amplia en toda esta tierra del ensueño bolivariano, del idealismo huero, del nacionalismo agresivo y de la dolorosa incapacidad para asumir la efectiva soberanía. En un estudio sobre Alberdi—que Pepe Ingenieros publicó—; en una Conferencia limeña sobre «Paralelismo de la Evolución Económica y Espiritual Argentina»; en una Conferencia en Luján sobre el «Centenario de Ayacucho» y en varias otras oportunidades expresé modos de ver coincidentes con los de Ud.

El carácter según la fórmula de Fouillée, magníficamente integrada por Ud. con los recaudos del «valor», «el sentido de responsabilidad», el «dominio de sí mismo», la «capacidad de atención» y la «claridad de pensamiento» no abundan en Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay—que es donde conozco directamente algo; el carácter se confunde frecuentemente con la testarudez, la falsa austeridad, la reacción pronta y agresiva; y la espiritualidad—a lo que llaman también idealidad o idealismo, asume la segunda de las formas que Ud. menciona (Cap. VIII); el «positivismo», el «materialismo» el «sensualismo» de «esta hora prosaica» son denunciados por muchos que no han aportado ni a su país, ni a su familia, ni a sí mismos otra cosa que gimoteos y charlas de bohemios falsificados. Estudio metódico, disciplina, perseverancia son factores que no cuentan en la formación de una gran parte de la juventud iberoamericana que no se la ve en los conciertos, en las exposiciones, en las conferencias, ni lee revistas ni libros de verdadero contenido espiritual.

Tengo la esperanza de prontas y eficaces reacciones; del exceso del mal saldrá el remedio.

Una vez más, muchas gracias por su lindo regalo y reciba un afectuoso apretón de manos de su amigo.—(Fdo.) ANTONIO SAGARNA.



DESARMONIA SEXUAL. Novela, por *Samuel Gajardo*.—Santiago

Samuel Gajardo, que entre sus muchas actividades de juez de menores, profesor universitario, dirigente de actividades sociales, encuentra tiempo para una obra copiosa de escritor y publicista, nos ha entregado una pequeña novela que es una novedad en su género.

Ya se ha hablado suficientemente de la novela sintética,